

extranjeros el principio de que el gobierno debe ser intervenido por la nación. Pocos días después de la anexión á Sajonia del gran ducado de Varsovia, Napoleón encargó á una comisión compuesta de polacos el estudio de una constitución para su patria, la que fué promulgada en 22 de Julio de 1807. El monarca, según ella, estaba asesorado por un consejo de ministros responsables y compartía el poder legislativo con un senado, compuesto de seis obispos, seis nobles palatinos y otros seis representantes de la nobleza rural, y una asamblea compuesta de sesenta diputados elegidos por los distritos de la nobleza y cuarenta por las ciudades. Esta asamblea votaba las contribuciones y formulaba las leyes. Napoleón «podía, pues, vanagloriarse de haber levantado una tribuna en medio de la atmósfera de silencio que reinaba en los gobiernos vecinos (1).»

Con fecha 7 de Julio de 1807, Napoleón escribió á su hermano Jerónimo participándole que iba á ser reconocido como rey de Westfalia, y le decía: «Tengo la intención de daros una constitución moderada, que ponga término á las vanas y ridículas diferencias que separan á las clases sociales de vuestro pueblo (2).»

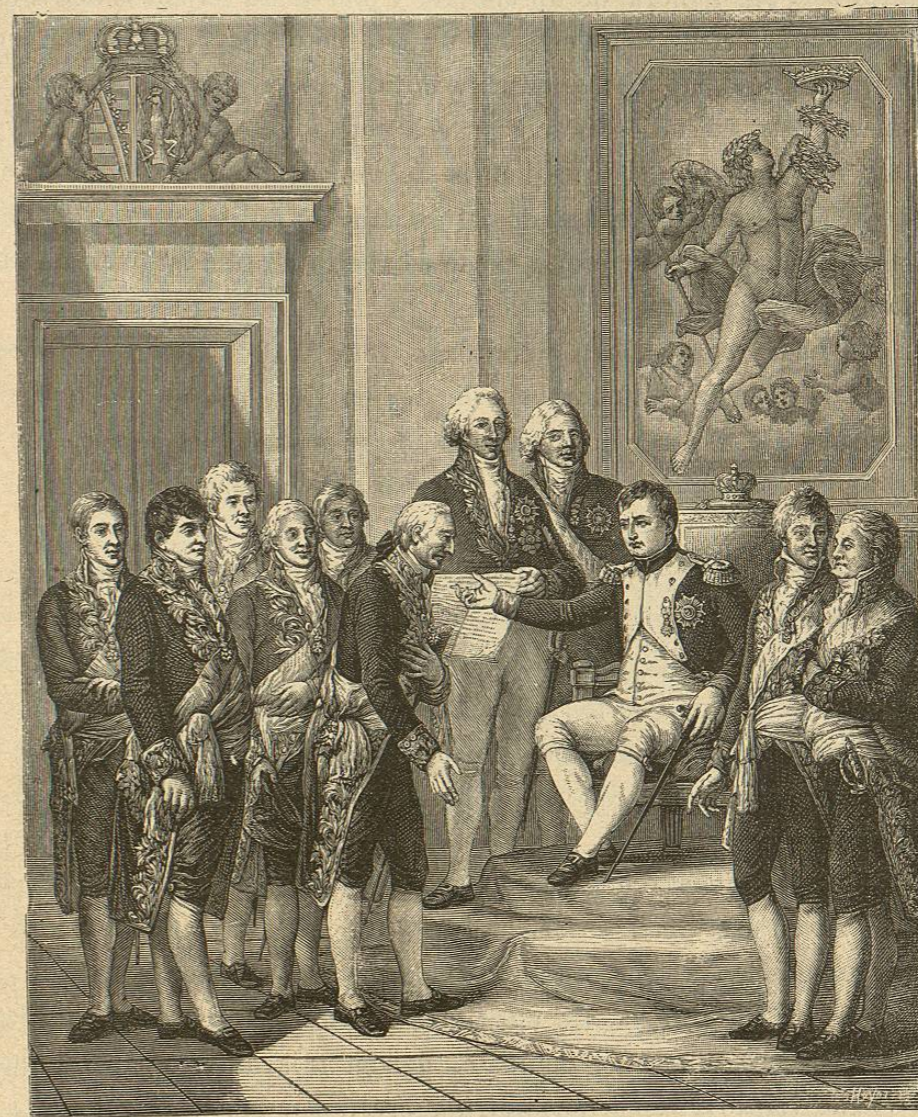
El rey de Prusia comprendió que su nación no podría de allí en adelante desempeñar importante papel y prepararse para la futura lucha sino adoptando las ideas francesas, reconociendo los derechos del pueblo y apoyando la noble política de Stein, por lo que, á pesar del disgusto del partido aristocrático, firmó el decreto de Memel, que vino á ser el 89 de Prusia. Este decreto abolía la servidumbre, autorizaba la venta y el fraccionamiento de toda clase de bienes, incluso los de la nobleza, y permitía que los habitantes de las ciudades de clase inferior pudiesen pasar á la de ciudadanos. Estas disposiciones, que tanto excitaron el odio de una gran parte de los privilegiados, fueron el origen de la regeneración de Prusia y de Alemania.

Napoleón consideraba, como se ha dicho, que toda guerra europea era una guerra civil, á propósito de lo cual decía en 10 de Febrero

(1) A. Rambaud, *Historia de Rusia*, pág. 565.

(2) Jerónimo, rey de Westfalia, estaba casado con Catalina de Wurtemberg (1807). Respecto á esta princesa, no menos digna de consideración que Augusta de Baviera, véase su *Correspondencia* y los fragmentos de sus *Memorias*, publicadas en la *Revista histórica*. Véase también el artículo de Gabriel Monod en la *Revista crítica* de 16 de Enero de 1888.

de 1805 al Cuerpo legislativo: «Aspiro á influir en cuanto pueda para lograr que el imperio de las ideas filantrópicas y generosas sea el carácter de este siglo. Me corresponde á mí, á quien tales senti-



Napoleón otorga en Dresde la Constitución del gran ducado de Varsovia (22 de Julio de 1807). (Cuadro de Marcelino Bacciarelli, reproducción litográfica hecha en Dresde en 1811)

A la derecha del Emperador enuéntranse los ministros príncipe de Talleyrand y el conde de Maret. Polonia está representada por su gobierno provisional, con el presidente Estanislao Malachowski, á la cabeza, y cuyos miembros son Gutakowski, Potocki, Wybicki, Dzialynski, Bielinski, Sobolewski y Luszczyewski.

mientos no pueden achacarse á debilidad, y á nosotros, es decir, al pueblo más cariñoso, más ilustrado y más humano, hacer un llamamiento á las naciones civilizadas de Europa á fin de que formen una sola familia.»

Desgraciadamente le obsesionaba la idea de creer que esta familia debía estar bajo el dominio de una sola persona, á pesar de que después de la paz de Tilsit podía haberse convencido de lo difícil que le era ser á la par general de un ejército y jefe de un imperio, teniendo que preocuparse, no sólo de lograr un triunfo decisivo, sino también del efecto que tal ó cual maniobra militar debía producir en la opinión de París, en la de Francia y de Europa. Ya veremos que debía llegar un momento en que habría de sacrificar en cierto modo el general al monarca, preparando así su fracaso militar y su caída del trono. El estado de su ejército debería haberle servido también de saludable advertencia.

En nada aventajaba al ejército de 1801 á 1807; los refractarios á tomar las armas aumentaban de día en día; el servicio militar comenzaba á constituir un verdadero terror en todos los departamentos, y aun en las tropas en campaña se notaban síntomas de abatimiento.

Además, como dice Bugeaud, «desde 1807 á 1809, á causa de las necesidades siempre crecientes de la guerra, cuyo campo se ensanchaba sin cesar, se debilitó la composición del ejército y se alteró su organización, ya que tanto por las exigencias del Gobierno como por las apremiantes necesidades de la situación, se dió mayor preferencia á las condiciones de cantidad que á las de calidad. Hicieron grandes esfuerzos para retener bajo las banderas á los soldados veteranos, ya demasiado viejos, y para mutiplicar los jóvenes, que apenas instruidos, iban á formar parte del ejército activo. Produjéronse entonces graves desórdenes, que motivaron dolorosas decepciones en el día de la lucha. Un ejército de cien mil hombres, armado y dispuesto para entrar en combate, dejaba tras de sí un segundo ejército de veinte á venticinco mil hombres, compuesto de veteranos cansados é indisciplinados, y de quintos extenuados, que no volvían á reunirse y que vivían sobre los habitantes del país, constituyendo lo que llamábamos el ejército de la rapiña, mal crónico, inevitable é incurable, que se agravaba de día en día.» Este ejército era, sin embargo, admirable todavía, y sólo comparándolo con sí mismo se notaba su verdadera inferioridad.

Napoleón conservó íntegro su prestigio en el ánimo de sus solda-

dos, y para expresarnos gráficamente, diremos que más que un general, que un monarca, era un dios para ellos. Al verle pasar, y al correr por las filas estas palabras: «¡Ahí está!» se olvidaba todo y se hacía dulce la muerte más cruel. Coignet, oyendo á algunos oficiales criticar al Emperador, dice que *blasfeman*. Estos sentimientos estaban por encima de todas las penalidades y de todas las faltas del que los inspiraba. José de Maistre decía en 1813: «Nadie tal vez se

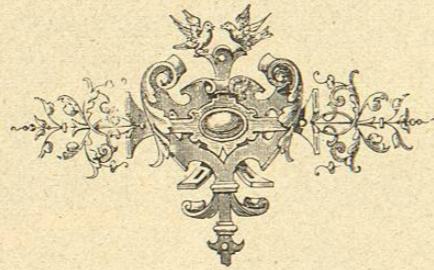


El ejército presta juramento de fidelidad al Emperador en el acto de la distribución de las águilas en el Campo de Marzo.
(Cuadro de David, en el museo de Versalles)

ha encontrado en mejores condiciones que yo para observar, directa é indirectamente, el carácter francés. Nunca he podido descubrir el menor síntoma de indisciplina contra Bonaparte. — Es demasiado ambicioso ó caprichoso, como decía un soldado; si quiere que nos batamos preciso es que nos dé de comer. — Esto es lo más fuerte que he oído, pero nunca ni una palabra ni un gesto contra su soberanía. No puede concebirse la impresión que su presencia ejercía en el ánimo; un prisionero piamontés, que asistió á la revista que tuvo lugar antes de salir de Moscou, me infundió miedo á mí mismo al decirme lo siguiente: — Al verle pasar por delante de mí, latía mi corazón como después de una larga y fatigosa carrera, y mi frente se bañaba en

sudor, aunque hacía mucho frío.» Napoleón, con semejantes soldados, lo creyó posible todo.

En el momento en que tantas razones se aunaban para infundirle moderación, quiso inmiscuirse en los asuntos de España, y entonces fué cuando su ambición estalló en toda su fuerza y cuando añadió á ella la perfidia y la violencia.



CAPITULO V

ASUNTOS DE ESPAÑA

FONTAINEBLEAU. — BAYONA. — BAILÉN. — ERFURT.
SOMOSIERRA. — MADRID. — LOS INGLESES EN LA PENÍNSULA. — LA CORUÑA.
ZARAGOZA. — PRINCIPIO DEL LEVANTAMIENTO DE LOS PUEBLOS



ON la paz de Tilsit no cesaron las hostilidades en el continente. Mientras que el Czar se disponía á abandonar á sus aliados y estaba en tratos con Napoleón, el rey de Suecia rompió repentinamente el armisticio (3 de Julio de 1807).

Gustavo IV era, como se ha dicho, una caricatura de Carlos XII. «Influido por visiones propias de un iluminado y fascinado por el obispo de Lunden, tan insensato como él, dice M. Barante, organizó un cuerpo de emigrados franceses al mando de Aumont y llamó á Stralsund á Luis XVIII, que no podía continuar en Mittau después de firmar la paz entre Francia y Alejandro. Imaginóse que á la llegada de aquel príncipe el ejército francés, tocado del arrepentimiento y lleno de entusiasmo por su legítimo soberano, se apresuraría á abandonar á Napoleón; declaróle, pues, la guerra.» No fué ésta de larga duración: el general Brune sitió á Stralsund; las operaciones, iniciadas con gran energía y superior talento por Chasseloup-Laubat,